



**WISŁAWA SZYMBORSKA** (Bnin, Polonia, 1923), reside en Cracovia, ciudad a la que se trasladó de muy niña junto con su familia. Su obra se caracteriza por la sencillez, la observación y reflexión sobre mundo actual –al que en ocasiones se anticipa– y la fina ironía. Sus primeras traducciones al español se publicaron después de que obtuviera el Premio Nobel en 1996.



**CARE SANTOS** (Mataró, Barcelona, 1970) es escritora, autora de una extensa bibliografía que comprende novelas, colecciones de relatos y novelas breves para jóvenes y niños. Recientemente fue galardonada con el Premio Primavera de Novela por *La muerte de Venus* (Espasa-Calpe, 2007) y con el Carmen Conde de poesía por *Disección* (Torremozas, 2007). Entre sus títulos destacan también *Matar al padre* (Algaida, 2004), *Aprender a huir* (Seix Barral, 2002), *El anillo de Irina* (Edelvives, 2006) o *Los ojos del lobo* (SM, 2004). Su obra ha sido traducida a media docena de idiomas.

⇒ [caresantos@yahoo.com](mailto:caresantos@yahoo.com)

NOTAS AL MARGEN:  
LEYENDO A WISŁAWA SZYMBORSKA  
CARE SANTOS

RESUMEN

La poetisa polaca Wisława Szymborska, premio Nobel desde 1996, califica como «la catástrofe» el galardón que la convirtió en una mujer conocida en el mundo entero. Amante de su soledad, su sencillez y las calles de la ciudad que la vio crecer –Cracovia–, ha logrado mantener su estilo de vida a pesar de todo. Su poesía se caracteriza por la ironía y la ausencia de solemnidad. En este artículo, la novelista Care Santos aborda algunos de sus textos desde una mirada personal y también cargada de lirismo.

⇒ PALABRAS CLAVE: Polonia, poesía, ironía, Wisława, Szymborska.

## 1. LA CATÁSTROFE

Wisława Szymborska llama «la catástrofe» al hecho de que le concedieran el Premio Nobel en el año 1996. Lo hace en las entrevistas, cuando habla con la prensa, con ese sentido del humor que es marca de la casa. No es difícil imaginar por qué Szymborska llama de ese modo al galardón más codiciado y prestigioso de la literatura mundial, aquel que te convierte en sólo unas horas en un nombre conocido en todo el planeta, que hace saltar de alegría a los agentes y brindar con champán francés a los editores reunidos en Fráncfort, que revaloriza tu obra, multiplica las traducciones y anima a miles de lectores a preguntar por ti a su librero. Sólo hay que leer a la poetisa polaca para comprender que es una persona poco amiga de este tipo de pantomimas de lo literario. Que no debe de disfrutar

mucho en las comparencias públicas. Que debe de ser del tipo de personas que mira esquinadamente cuando alguien le prodiga elogios, que nunca sabe qué responder a los halagos desmedidos, que casi prefiere que la ataquen a que la alaben largamente.

Once años después del catastrófico reconocimiento, Wisława Szymborska sigue viviendo en un piso pequeño de un barrio periférico de Cracovia. No viste mejor que antes, no se ha desprendido de su rebeca, no se ha teñido el pelo. No utiliza palabras altisonantes. No escribe más que antes. Apenas concede entrevistas. Sale a pasear por la nieve, regresa a casa, hace collages, medita acerca de las otras catástrofes del mundo, dedica un poema a dos personas suspendidas en el aire en su caída libre desde las Torres Gemelas. Apenas viaja. Apenas ejerce de Premio Nobel. Apenas ejerce de nada. No es de extrañar que le moleste tratar con editores, con agentes, con subagentes. Seguro que ha delegado todas estas desagradables cuestiones a terceros, para así poder dedicarse a sus collages y a sus paseos. Wisława Szymborska no va a cambiar nunca y sus fieles se lo agradecemos. Sólo los espíritus realmente fuertes resisten la acometida de un éxito semejante.

Hace poco, asistí a un interesante debate acerca del éxito en literatura. ¿Qué supone, para un autor, el éxito? ¿Qué cosa es –comencemos por ahí– lo que llamamos éxito? ¿Para qué sirve? ¿Contra qué inmuniza? ¿Qué secuelas deja? ¿Qué trae en las alforjas? Una de las partes del debate tenía enormes prejuicios acerca de la literatura que consigue lectores por miles (la literatura que triunfa) y atacaba a los autores que defienden la dignidad de cobrar por su trabajo mientras se vanagloriaba de no hacerlo y de ser, por ello mismo, más escritor. La otra parte reclamaba el derecho a ser ambicioso: deseaba seducir a la mayor cantidad de lectores posible,

cuantos más mejor, sin límite. Rebasar fronteras, conocer otras lenguas del caos de Babel, seducir al vecino y al que habita las antípodas con las mismas armas de la emoción.

Me acordé de Wisława Szymborska y sus paseos por Cracovia. Pensé que salió indemne de la catástrofe y me valió como ejemplo: hay que protegerse, pasear, meditar, estar en silencio, observar cómo nieva, pisar la nieve recién caída y escuchar su crujido. Hay que luchar con todas las fuerzas contra la banalización, la prisa, el vodevil editorial. Mantenerse escritor, el del primer día, el que no sabía a qué se enfrentaba, aquel al que emocionaban las palabras por sí mismas y no por sus consecuencias. Hay que protegerse del que nos lee con excesiva benevolencia y del que no nos lee en absoluto. Hay que tener claro que nos dedicamos a algo que sólo sirve para hacer el mundo más soportable. Por eso, sobre todo, es necesario escribir.

Qué ocurra luego con lo que escribimos, qué puertas derribe, a quién seduzca, qué fronteras rebase, no es de nuestra incumbencia. La catástrofe, cuanto más lejos de nosotros, mejor.

## 2. LAS PUERTAS DEL AZAR

La hermana de Wisława Szymborska –desconozco su nombre, aunque quisiera saberlo– no escribe poemas. Cocina sopas deliciosas y escribe postales desde sus destinos vacacionales. En sus postales, la hermana de Wisława, escribe –imagino la caligrafía cuidada, la tinta negra que alguna lluvia se encargó de desleír por el camino...– un mismo mensaje atemporal, esperanzador, una invitación en futuro: «Cuando vuelva te lo contaré todo, todo, todo».

Hay dos tipos de escritores: aquellos que escriben lo que ven –todo, todo, todo– y aquellos que escriben lo que sienten. Szymborska pertenece a los segundos, por eso, sospecho, agradece tener una hermana infiltrada en el clan de los otros, los que van y vienen, los que ven mundo, los que escriben postales, los que regresan para contarle todo.

En su poema *La estación de ferrocarril*, Szymborska rememora un viaje nunca realizado: «Mi no llegada a la ciudad de N / tuvo lugar puntualmente», dice. El poema tiene que ver con un viaje, pero no con el que se nos apunta en la primera línea. Se trata de un periplo mucho más importante, regido por las sempiternas normas del azar que gobiernan nuestras vidas. El poema al que me refiero tiene que ver con el viaje de la existencia, aquel que discurre siempre «en el paraíso perdido / de la probabilidad». Ah, el azar.

Me gustan los libros que evocan otros, tal vez lejanos en el tiempo o en el espacio, pero muy próximos en sensibilidad, en focalización de la mirada. Cuando imagino el escenario de *La estación de ferrocarril* de Wislawa Szymborska y leo este verso: «Entre la muchedumbre se dirigió a la salida / la ausencia de mi persona», no puedo evitar –ni creo que ningún lector pueda– evocar a ese gran escritor del azar que es Paul Auster, y a una escena de *Ciudad de cristal*, la primera novela de la *Trilogía de Nueva York* en la cual hay también una estación de ferrocarril y un azar. Hay allí un desdoblamiento de personajes, un juego de dobles, una elección tan absurda como todas las que deben tomarse en la vida, y un paseo frenético por una estación atestada de gente. Casi podríamos decir que en los vasos comunicantes de la literatura, este poema de Szymborska se equilibra con aquel relato de Auster. Y de hecho, ocurre algo similar en los versos de la polaca, cuando afirma que también ella

fue sustituida –todos somos sustitubles, es duro aprenderlo, como todos somos suplentes de alguien–: «Varias mujeres me sustituyeron / rápidamente / en aquella prisa».

También hay algo de la estación de *El guardagujas*, el relato del mexicano Juan José Arreola, en estos andenes trazados por Szymborska. «La estación de la ciudad de N / pasó bien el examen / de la existencia objetiva», afirma la poetisa. Lo mismo estaría en disposición de afirmar Arreola en aquel relato suyo, inspirado a su vez en otro de Charles Dickens llamado *El guardavías*. Alguien llega a una estación. La estación existe. Objetivamente, quiero decir. Pero todo es un decorado, un truco: no hay estación, no hay guardavías, ni siquiera hay viaje. Sin embargo, la no-llegada tiene lugar, también en aquella ocasión, puntualmente, como sucede en el poema de Szymborska.

Parece evidente, ¿no?: la literatura es el viaje. De Szymborska a Auster y de él a Arreola y a Dickens. Una vuelta intertextual por varios continentes con sólo pasar unas páginas. Todo ocurre «fuera del alcance / de nuestra presencia». Lo cual de ningún modo significa que no ocurra. Ocurre, maravillosamente, «en el paraíso perdido de la probabilidad».

### 3. WISŁAWA ELOGIA A SU HERMANA

Me parece entender que en los bolsos de Wisława se acumulan los papeles con versos garabateados. Que en sus cajones descansan centenares de poemas combustibles. Pienso que la poetisa debería quemarlos. Si tuviera con ella alguna confianza, se lo diría: quema lo que no quisiste publicar, Wisława, líbrate de ello, olvídalo, entrégalo sin

clemencia a la hoguera. Recuerda los *Cuadernos de Temuco*, escritos cuando Nefalí Reyes estaba lejos de ser Pablo Neruda. Acuérdate de la sofisticada Anaïs Nin, convertida para siempre en la escritora procaz de unos diarios que nunca escribió para nadie, más que para sí misma. Asústate ante el caso de Flaubert, autor con veinte años de una novela mediocre que jamás quiso publicar, pero que sus editores dieron a la imprenta treinta años después de su muerte, cuando el autor ni siquiera podía defenderse con la memoria ajena.

La muerte no alcanza a los escritores, es cierto, pero hay que saber mantener bajo control tal privilegio. Tú misma lo has dicho, Wisława: «Leemos las cartas de los difuntos como impotentes dioses (...) Todo lo previsto por ellos salió de una manera totalmente diferente». No todo puede dejarse a manos del azar. Anticípate, Wisława: no derrames café sobre tus versos durante las sobremesas. Tritúralos. No esperes a que tu hermana regrese de ningún viaje para leerle los poemas desechados. Regálale el último volumen publicado, fírmalo, sonríe orgullosa. Haz confeti con el resto. Arrójalos sobre el suelo del patio de un colegio. Deja que cada niño recoja dos, tres o hasta cuatro porciones diminutas de papel. Que se las lleven a casa encerradas en sus diminutas manos. Sílabas prisioneras del futuro del mundo. Así, por lo menos, si los versos logran reconstruirse, habría sido en un acto de belleza sin igual.

Hay dos tipos de escritores: los que cuentan lo que ven y los que cuentan lo que sienten. ¿Por qué tú, Wisława, eres de las segundas? No espero que sepas darme una respuesta. Tal vez la clave la tenga tu hermana, la que viaja, la que lo cuenta todo-todo-todo, la que siguiendo la tradición familiar jamás escribió un solo verso.

Acaso de pequeñas, las dos hermanas compartíais habitación. De noche, debíais de escuchar estremecidas el ruido de la lluvia. Tu



hermana soñaba entonces con lugares a los que escapar, lugares donde el sol brillara con fuerza. Tú, en cambio, imaginabas el camino a la escuela del día siguiente. Lo sabías ya minado de grandes charcos. Se haría muy difícil esquivarlos, estarían por todas partes. Te estremecía la idea de rozar siquiera uno de ellos con la punta del zapato. Podías trastabillar y caer al pozo sin fondo. Desde la superficie no se sabe cómo son de profundos esos espejos negros que reflejan las nubes del cielo. Caerías y caerías, tragada por las aguas, quién sabe en qué dirección. Y después, ¿qué? Después saldría el sol, secaría las calles, borraría todo rastro de la tormenta. Pero tú continuarías atrapada en el abismo. El charco comenzaría a secarse, a hacerse más pequeño, se convertiría apenas en una mota de luz allá arriba, en la oscuridad absoluta de tu encierro. Hasta que se cegara del todo y te dejara para siempre atrapada en las tinieblas. Te cobijabas bajo las sábanas y se hacían las tinieblas a tu alrededor.

\* \* \*

Una noche, la niña Wisława se despierta en la oscuridad. Lluve en el patio y ella piensa en sus temores sin fondo. Se levanta en silencio, tantea las tinieblas de la mesa hasta dar con un papel y una pluma. Garabatea un verso. Escribe: «No todos los accidentes siguen las reglas del mundo». Luego va al baño (ningún charco en el pasillo), orina, regresa a la cama, esconde la cabeza bajo las sábanas, cierra los ojos.

En ese instante, la niña Wisława aprende que el miedo es la diferencia. Y que ya es poeta.

#### 4. ELOGIO DE LA IGNORANCIA

Wisława tiene una lista con preguntas cuyas respuestas nunca alcanzará a saber. En su discurso durante el acto de entrega del Premio Nobel repitió más de una docena de veces un mismo sintagma: «no sé». «No sabemos nada, eso es lo fascinante. Las cosas que no se saben son, precisamente, las que convierten la vida en algo fascinante», leo en una de sus escasas entrevistas. Repitamos, pues, al unísono, el estribillo que Szymborska nos propone: No sé, no sé, no sé...

Y escuchémosla recoger el premio catastrófico al compás de ese estribillo:

La inspiración nace de un continuo «no sé» (...). Si Isaac Newton no se hubiera dicho «no sé» las manzanas de su jardín podrían seguir cayendo como granizo y él, en el mejor de los casos, sólo se hubiera inclinado para recogerlas y comérselas. (...) También el poeta, si es un verdadero poeta, tiene que repetirse perpetuamente «no sé». Con cada verso intenta responder, pero en el momento que pone el punto final le asaltan de nuevo las dudas y comienza a advertir que su respuesta es temporal y nunca satisfactoria.

Los poemas de Szymborska están contagiados de ese «no sé» alumbrador. «La poesía / qué es la poesía», se pregunta de pronto, a los setenta años. Más de uno esperaría que conociera de sobra la respuesta y que otorgara una respuesta clara, precisa, justa, a una pregunta, en apariencia, tan sencilla. En lugar de eso, Szymborska afirma: «Y yo no sé, y sigo sin saber, y a esto me aferro / como a un oportuno pasamanos».

La duda lo llena casi todo en su poemario *Fin y principio*, el primero que publicó tras el premio de la Academia Sueca. Hay poemas asentados sobre los mismos cimientos de la duda, como *Cálculo elegíaco*, en el que la poeta se plantea el sentido exacto de cada palabra y cada concepto a medida que los va utilizando. Habla del destino de los muertos y se pregunta si hay destino para ellos y si hay muertos en realidad. Todo el poema es una interrogación sin respuesta posible. Todo el poema clama un silencioso «no sé» constante. Merecería, en sí mismo, formar parte de la lista de preguntas sin respuesta de su autora.

La lista, además, es mudable. Compleja. Efímera. «Tomé nota antes de dormirme / de algunas preguntas. / Al despertarme / ya no pude leerlas», dicen sus versos. Las dudas lo son por poco tiempo. ¿Por qué? ¿Acaso la vida da respuestas? ¿Acaso hay respuesta para algo? Y si las hay, ¿podemos nosotros comprenderlas?

No sé, no sé, parece decirnos Wisława.

## BIBLIOGRAFÍA CITADA

- AUSTER, Paul, *Trilogía de Nueva York*, Anagrama, Barcelona, 1997.  
 ARREOLA, Juan José, *Narrativa completa*, Alfaguara, Madrid, 1997.  
 DICKENS, Charles, *El guardavías*, Valdemar, Madrid, 1997.  
 SZYMBORSKA, Wisława, *Paisaje con grano de arena*, Lumen, Barcelona, 1997  
 —, *El gran número. Fin y principio y otros poemas*, Hiperión, Madrid, 1998  
 —, *Poesía no completa*, Fondo de Cultura Económica, México, 2002.  
 —, *Instante*, Igitur, Montblanc (Tarragona), 2004.